

COSTUMBRES MORTUORIAS DE LOS INDIOS DE CHILE Y OTRAS PARTES DE AMERICA

POR

RICARDO E. LATCHAM

(Miembro correspondiente del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland).

INTRODUCCIÓN

La falta de monumentos indígenas en la mayor parte de América ha sido uno de los motivos principales por qué la arqueología del continente ha sido muy imperfectamente estudiada. México, Centro América y el antiguo Perú son las regiones que más han llamado la atención de los arqueólogos, porque allí están más visibles las reliquias de las antiguas poblaciones. Por largo tiempo se creyó que las demás zonas serían estériles para los propósitos arqueológicos, y que los países sólo habitados por salvajes (así llamaban

todos aquellos pueblos que no construían grandes y duraderos edificios) no podían tener ningún interés para el anticuario. En otras palabras la arqueología se encontraba casi del todo circunscrita al estudio de la arquitectura y los monumentos de piedra.

A mediados del siglo XIX sobrevino una reacción y la ciencia asumió un aspecto más amplio. El descubrimiento de restos humanos en terrenos cuaternarios y el gran interés despertado por este acontecimiento, imprimieron un nuevo rumbo a la arqueología e hizo ver que no sólo los monumentos, sino todas las fases de la industria humana eran dignas de estudio. Establecido este hecho, no pasó mucho tiempo antes de que los arqueólogos se convencieran de que una de las fuentes más proficuas para sus investigaciones eran los antiguos cementerios y sepulturas.

La razón de esto es muy sencillo. El culto de los antepasados ha sido una de las costumbres más universales en todas las épocas. Relacionadas con este culto existieron y aún existen innumerables creencias y preocupaciones que dieron y dan lugar a ritos y ceremonias funerarias, muchas de las cuales, por su índole, llegaron a formar un archivo inagotable, a la vez que imperecedero, de las culturas que los originaron.

Otro tanto puede decirse de la etnología. Durante los últimos años, los centros científicos de Europa y América se han empeñado en levantar el telón que ocultaba la vida íntima de los indios y cada día aprendemos más respecto de sus costumbres y creencias.

Los dos ramos de la ciencia se ayudan y se completan mutuamente. La arqueología proporciona datos sobre el modo de vivir de los antecesores de los pueblos actuales, mientras la etnología arroja mucha luz sobre los problemas arqueológicos, por las analogías que se encuentran entre las costumbres actuales de las diversas tribus, y las representadas en sus antiguas tumbas.

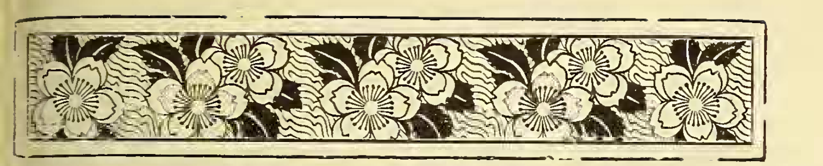
El gran acopio de datos reunidos por estos dos ramos hace posible hoy en día, llevar a cabo algunos trabajos de

conjunto y de comparación que hace unos pocos decenios habrían sido imposibles.

Un estudio de las costumbres mortuorias de los pueblos deja de manifiesto muchas fases de la cultura en que viven porque explican su modo de pensar respecto de la vida futura, sus supersticiones, sus creencias religiosas y hasta cierto punto su moralidad. También nos da preciosos datos sobre los pueblos desaparecidos o modificados. Nos enseña el grado de civilización alcanzado, por la investigación de sus sepulturas, y de los artefactos contenidos en ellas. Aprendemos cuáles eran sus industrias, armas, vestidos, adornos, etc., y en muchos casos los métodos empleados en su fabricación. Así frecuentemente podemos establecer relaciones o diferencias entre tribus de épocas lejanas de las cuales no nos queda ni siquiera el nombre, pero cuyos restos, divulgados por sus entierros, nos dan una idea, a veces bastante completa, sobre su cultura y modo de vivir.

Con esta idea apuntamos en los capítulos que siguen, algunas de las muchas costumbres mortuorias y funerarias de los indios de este continente, notadas por los cronistas en los primeros años de la ocupación europea, como también muchas de las que posteriormente han llamado la atención de los viajeros y otros observadores en diferentes partes de ambas Américas.

A pesar de la gran diferencia en detalles que se descubre entre las costumbres de una y otra tribu, sin embargo se nota debajo de todos, un fondo de semejanza que no sólo establece la similaridad psíquica de los pueblos americanos: sino que comprueba que el pensamiento humano pasa por las mismas etapas en todas las razas y por el mundo entero. Casi no hay una sola costumbre entre las que estudiamos que no se repite o se ha repetido en uno u otro de los continentes del mundo antiguo.



ANIMISMO

El hombre primitivo y su modo de pensar.—La naturaleza animada.—Fetiquismo.—Transformismo.—El otro «Yo».—Sueño y las ideas derivadadas de ellos.—El ánima y su indestructilibidad.—La inmortalidad de alma entre los pueblos primitivos.—Magia y sus causas.—Costumbres y creencias.

La idea de la religión no se encuentra en los pueblos muy primitivos. Nace durante el desarrollo de la inteligencia. Los andamaneses no tienen idea de un Dios, ni ningún concepto de orden espiritual (1).

Cuando se descubrieron las islas Marianas, sus habitantes estaban sin culto, sin templos y sin sacerdotes (2).

En Nueva Caledonia, Cook no halló la menor huella de religión (3) e igual cosa se puede decir de los tasmanianos, los arafouras de Varkay, los hotentotes, los cafres, etc.

Decker, Darwin, Fitzroy, Weddel y King están acordes en asegurar que los fueguinos carecen de ideas religiosas, y Azara (4) menciona otras quince tribus que estaban en el

---

(1) Cook.—Voyages of Discovery. 2nd voyage. Agosto 1777.

(2) Laharpe.—Abrégé de l'histoire générale des voyages; tomo III.p. 487.

(3) Cook.—Ibid 2nd voyage. Agosto 1774.

(4) Azara.—Viajes en América Meridional.

mismo estado. Ni los patagones ni los araucanos ni los esquimales tenían noción de Dios. Estas citas podrían multiplicarse y sirven para indicar la condición mental del hombre primitivo.

En su estado primitivo, no se le ocurre al hombre la idea de que sea un ente superior de la naturaleza; se concibe sólo como uno de los muchos seres animados o inanimados que pueblan el mundo a su rededor. No puede todavía imaginar ningún objeto inánime. Para él, son todos dotados de las mismas cualidades, sentimientos y pasiones que percibe en sí mismo y en general los considera empeñados en hacerle daño o en causarle contrariedades. Estos sentimientos no son siempre activos, pero él cree que existen latentes, esperando una oportunidad propicia para dañarle. No percibe, en la mayoría de los casos, la relación entre causa y efecto y atribuye las consecuencias de los fenómenos más sencillos a las brujerías o malas intenciones. Su vida, la pasa en lucha constante con los elementos; el sol que le quema, el frío que le hiela, el torrente que impide su paso, el viento que vuelca su choza, los animales que destruyen sus siembras, las espinas que laceran su carne al pasar por los matorrales, los mosquitos que le molestan y todas las diversas manifestaciones de la naturaleza le enseñan que todo lo que ve a su contorno es su enemigo y en constante acecho para hacerle perjuicio.

La personificación de todos los objetos y fenómenos naturales y la dotación de ellos de sentimientos humanos que generalmente supone antagónicos a sus intereses, hace que el hombre primitivo mire todo con desconfianza, y sus principales esfuerzos se dedican a propiciar los elementos que pueden perjudicarle.

Estas concepciones fueron la gran fuente, de donde nacieron las supersticiones, las mitologías y las religiones.

Después de dotar de volición y conciencia a todos los objetos, era sólo un paso imaginarlos poseídos de poderes sobrenaturales que podían usar en su beneficio en el caso de

ganarles su buena voluntad. Esto dió origen a los fetiches, elejidos por los individuos para su especial protección personal. El fetiche podía ser un animal o un objeto cualquiera, puesto que en la mente del salvaje, todos eran dotados de iguales poderes. Una vez elejido, el fetiche llegaba a ser el objeto de su mayor veneración, el que era preciso propiciar por todos los medios que ocurriesen a su imaginación.

El fetiquismo en su forma más primitiva fué siempre inspirado por objetos especiales y singulares, porque la percepción del hombre es especial y concreta.

Pero el desarrollo mental conduce a que el hombre, por una évolución espontánea e innata, establezca tipos entre la inmensa variedad de objetos y fenómenos y estos tipos son las formas específicas de todas las cosas que son parecidas, análogas o idénticas. En vez de sentir temor o veneración por un objeto especial, llega a temer o a adorar todos los objetos de la misma especie.

Esta personificación de especies da nacimiento al politeísmo antropomórfico, que era la única religión a que habían llegado los pueblos más cultos de América al tiempo de su descubrimiento por los europeos, quedando la mayor parte de ellos sumida en el estado de más absoluto fetiquismo. Sin embargo, el fetiquismo; como todas las demás manifestaciones de la actividad mental; sufre una evolución y se encuentran diferentes fases entre las diversas tribus que la practican. En su forma inicial o primitiva, el animal u objeto se mira simplemente como la forma externa de una potencia que resida en ellos; es decir, el fetiche es concebido sólo como una fuerza intrínseca. Pero cuando pasamos de esta forma a otra más avanzada, cuando el hombre no sólo teme y mira con desconfianza los demás seres y objetos de la naturaleza, sino que los dota de poderes extrínsecos y los venera por su capacidad de hacerle bien o mal, aun a una distancia, entonces encontramos la génesis de otro orden de ideas; la creencia en las ánimas.

En el primer caso el poder existe inseparable del objeto

mismo, después se duplica o se multiplica con la facultad de alejarse del objeto que le sirve de cobertura externa y visible.

Esta idea originó en la observacion por el hombre de su propia personalidad y luego la aplicó a todos los seres y objetos de la naturaleza circundante.

La sombra arrojada por su cuerpo, su reflejo en el agua, el eco que retumbaba en las montañas y en los bosques, la reaparición de los muertos durante sus sueños y su instinto innato que le hace vivificar todo lo que ve, produjeron lo que se puede llamar la reduplicación de sí mismo, y dieron origen a la teoría primitiva del ánima o alma.

Al principio se creía que las ánimas se multiplicaban indefinidamente, y que había una para cada manifestación de los fenómenos naturales; pero poco a poco se iba reduciendo el número, y se clasificaban los atributos y facultades de cada grupo.

La creencia de la multiplicidad de las ánimas o espíritus todavía persiste entre muchos pueblos poco civilizados, y era el fundamento de las ideas religiosas de todos, en tiempos pasados, aún de los que son hoy más civilizados.

Los antiguos egipcios ascribieron al hombre cuatro espíritus: «Bas, Akha, Ka y Khaba»; los romanos le dieron tres: «*Bis duo sunt homines, manes, caro, spiritus, umbra*».

La misma creencia se encuentra en casi todos los pueblos salvajes o semi-salvajes. Los figianos distinguen entre el espíritu que se sepulta con el muerto, la más ténue que se refleja en el agua y la que frecuenta la localidad en que ocurre la muerte.

Los madagascares creen en tres espíritus, los algonquinos en dos, los dacotas en tres, los indios de Colombia Británica en varios.

La elaboración de ideas tan complejas es lenta por su naturaleza; porque envuelve la preconcepción de muchas manifestaciones mentales, entre ellas el libre tránsito del ánima, que da lugar a la creencia en la transmigración del

espíritu, la que en su forma más desarrollada constituye el transformismo.

La transmigración del alma humana fué concebida en primer lugar como el paso del espíritu del moribundo al cuerpo de un niño recién nacido. Los algonquinos sepultaban los cadáveres de los niños al borde de los senderos más traficados, para que sus espíritus pudiesen entrar con facilidad a los cuerpos de las mujeres preñadas que pasaban por allí (1).

Algunas de las tribus norte-americanas creyeron que la madre veía, en su sueño, al deudo muerto que iba a imprimir su semejanza al niño que llevaba en su vientre.

Los pueblos primitivos e ignorantes no perciben una diferencia precisa entre el hombre y los animales y creen fácilmente en la transmigración del espíritu humano al cuerpo del animal y viceversa. La mayor parte de las tribus americanas creen que ellas se derivan de algún animal o ave, que llaman su hermano mayor y generalmente lo adoptan como su *totem*.

Varias tribus de Norte América tienen la idea que los espíritus de los muertos pasan a ocupar el cuerpo de los osos y no matan a estos animales, o cuando lo hacen es con grandes ceremonias expiatorias.

Una viuda esquimal se negó a comer la carne de una foca porque creyó que el alma de su marido había migrado al cuerpo de ese anfibio. Otras han imaginado que los espíritus de los muertos pasaban a las aves, los escarabajos y otros insectos, según el rango que ocupaban en vida.

Siguiendo estas ideas era muy fácil llegar a la encarnación del espíritu—tanto de los hombres como de los animales—en un objeto cualquiera, y de investirlo con poderes benéficos o malignos según el caso.

Algunos pueblos quedaron con estas creencias; otros avanzaron más rápidamente y llegaron a la concepción politeísta.

---

(1) Relations des jésuites. 1636. Por el Padre Brebeuf, p. 129.

Establecidas las convicciones de una vida aparte del cuerpo el hombre primitivo, principió a preocuparse más del último destino del espíritu y poco a poco la idea de la transmigración del alma a los cuerpos de animales u objetos inánimes perdió su fuerza.

Como siempre imperaba la idea de la indestructibilidad del espíritu, era preciso crear un lugar especial donde podrían congregar los muertos.

Todavía no se concibía la separación absoluta del ánima o espíritu, de su forma corporal. El salvaje es esencialmente materialista e imaginaba que el alma era una réplica exacta del cuerpo; pero con la facultad de hacerse invisible e intangible a voluntad. Tenía pruebas incontrovertibles de que podría mostrarse si así deseaba. Su sombra le acompañaba por todas partes; cuando miraba al agua veía su reflejo, igual en todos sus pormenores a su forma corporea, pero que escapaba siempre de sus pesquisas.

En sus sueños veía y conversaba con los muertos en la forma como siempre lo había hecho durante su vida. ¿Qué otra cosa podría imaginar, sino que existíesen otras manifesciones materiales de su ser, dotadas de los mismos atributos como su naturaleza tangible? Esta réplica llegó a ser su *alter ego*—el otro yo—que existía después de la muerte y de la corrupción de su cuerpo material De esto tenía la más absoluta seguridad, con el ejemplo ofrecido a sus sentidos por la reaparición de los muertos durante sus sueños.

Los sueños desempeñan un rol muy importante en la vida síquica de los pueblos primitivos y hasta cierto punto gobiernan muchas de sus acciones. La idea predominante es que durante el sueño, el espíritu se desliga del cuerpo, saliendo por la boca, el pecho u otra parte, y que realmente ejecuta las acciones de que el dormido ha soñado.

Como la experiencia enseña que el cuerpo no se ha movido del lugar que ocupaba, la inferencia lógica es que el *otro yo* o ánima ha hecho estas excursiones y por lo tanto puede

ver y ser visto y ejecutar todas las acciones de que es capaz el cuerpo despierto.

Cuando sobreviene la muerte, es porque no ha podido volver el espíritu, debido a las maquinaciones de sus enemigos, siempre en acecho para hacerle daño. Por esto, para muchos pueblos no existe la muerte natural, la cual siempre se considera producida por medios malignos.

Pero los espíritus desprendidos de los cuerpos no desaparecían. Generalmente frecuentaban los lugares que solían habitar en vida, y a veces aparecían a sus deudos o amigos en sueños. Tenían las mismas necesidades y disfrutaban de los mismos sentimientos y placeres como los vivos; por consiguiente era preciso atender a esas necesidades para que nada les faltase. De aquí nació la costumbre de enterrar con los muertos todos aquellos objetos que les servían en la vida. Como todos los objetos, al igual del hombre, tenían su ánima, el muerto se servia de estas de la misma manera como se había servido de los objetos mismos.

Además de los espíritus familiares de las personas u objetos que los rodean, la mayoría de los pueblos primitivos creen en otra clase de ánimas que son casi siempre malévolas y que son frecuentemente relacionadas con los fenómenos de la naturaleza, que ellos no comprenden. Estas ánimas son tan variadas en sus características como lo son los pueblos que creen en ellas.

No son circunscritas por el tiempo ni por el espacio y la distancia no ejerce ningún efecto sobre ellas.

Son muy temidas por los indios a causa de sus influencias malignas, y su capacidad en este sentido es limitada sólo por la imaginación del individuo.

Una de las ideas más universales y más arraigadas respecto de ellas, es que están siempre en acecho esperando una oportunidad para entrar en el cuerpo durante la ausencia del dueño. El soñar es considerado por los indios como una excursión peligrosa y muchas son las medidas concertadas

para proteger el cuerpo dormido contra los ataques de las ánimas malignas o demonios.

Al comienzo, las ánimas de los deudos no se temian, se les ofrecía toda clase de facilidades para que volvieran a visitar sus antiguos *lares*. La vida futura era simplemente una continuación, en forma incorpórea de la vida actual, en que regían las mismas condiciones.

Más tarde se dota al ánima de cualidades anormales y aun sobrenaturales y como la mente salvaje no aprecia los beneficios que recibe, que son para él perfectamente naturales, y se concierne exclusivamente de los males que le pueden sobrevenir; toma toda clase de precauciones para impedir la vuelta del espíritu, cosa que antes le era indiferente.

Su gran recurso son las prácticas mágicas, las que en su mayoría son preventivas o propiciatorias. Con frecuencia recurre a los sacrificios, sean de animales, de objetos de valor, o aun de seres humanos.

El objeto de estos ritos es doble; primero para lograr inmunidad para sí y para el grupo a que pertenece y en segundo lugar para propiciar el espíritu del difunto y hacerle conformarse con su nuevo estado, regalándole con todo lo que puede necesitar, sin que tenga el trabajo de buscarlo.

Es preciso comprender este estado de mentalidad, que nos da la clave de muchas costumbres y ceremonias mortuorias, las cuales de otro modo nos parecerían absurdas e inexplicables.

La muerte en si, raras veces la teme el hombre primitivo, pues no se preocupa de futuras recompensas o castigos, que sólo aparecen en teogonías más evolucionadas.

Hablando de los guaycurues dice el Padre Sánchez Labrador: «Aun sube más la admiración al considerar el sosiego con que reciben la sentencia de su muerte. Oyenla como si no hablaran con ellos, o fuese alguna nueva de diversión y contento. No temen castigo en la otra vida, porque no se

extiende a tanto su entendimiento, ni esperan premio. Lo más que en este punto dice es que las almas desatadas de los cuerpos, andan invisibles por los lugares en que estando unidas anduvieron. Sumergidos en estas sombras, entran en alas de la muerte sin susto ni congojas. Según su errado concepto, quedan sobre la tierra, mejorando estado, y libres de muchas incomodidades del cuerpo. Esta es la doctrina que aprenden de sus doctores o médicos». (1)

Los lenguas, por otra parte, temen la muerte, por los pocos atractivos que ofrece la vida incorpórea.

«El indio no mira la vida futura como mejor o más feliz que la actual, tampoco tiene conocimiento de un estado de castigo dependiente de las malas acciones cometidas. Considera el cuerpo como el único medio en que puede gozar el alma y tiene muy poca idea de goces intelectuales o espirituales. Por lo tanto la vida posterior es para él vacía de verdadero placer. Cree que esto puede existir en pequeño grado, pero no le ofrece ningún atractivo. La única cosa deseable para él es la vida y sólo teme la muerte» (2).

«Vive en constante temor de los seres sobrenaturales. Algunos de estos espíritus; según se cree; están coaligados con los brujos, quienes frecuentemente aseveran que entre los *kilyikhama* (demonios) hay algunos que les ayudan en sus hechicerías.» (3).

Estos espíritus, al contar de los indios, existían anteriormente en el cuerpo y ahora andan como demonios, buscando ocasión de entrar en el cuerpo del dormido, o de ocuparlo cuando el alma vaga durante sus sueños.

---

(1) El Paraguay Católico, por el Padre José Sánchez Labrador, Tomo II, p. 39.—Buenos Aires 1910.

(2) An Unknown People in an Unknown Land.—An account of the life and customs of the Lengua Indians of the Paraguayan Chaco, with adventures and experiences during twenty years pioneering and exploration amongst them, by W. Barbrooke Grubb, tercera edición, p. 116. London 1913.

(3) Id. Id., p. 119.

Además de los *kilyikhama*, los lenguas creen en los *aphangak* o ánimas de los muertos; que sólo continúan la vida actual en un estado incorpóreo.

Corresponden exactamente en forma y caracteres al cuerpo que han abandonado. Un hombre alto o uno corto permanece alto o corto en su condición de ánima. Los parientes vuelven a juntarse después de muertos y continúan en la misma vida de tribu y clan como cuando estaban en el cuerpo.

El espíritu del niño queda niño sin desarrollarse más y por esto no es temido. Un asesino —es decir un indio que mata a uno de su tribu—no sólo se ejecuta sino que se le queman el cadáver y esparcen las cenizas a los cuatro vientos. Creen que con este tratamiento, el espíritu no puede reasumir su forma humana y que vaga informe e incógnito, sin poder reunirse con sus semejantes ni participar en sus relaciones de sociabilidad. El *aphangak* caza, viaja y sigue sus antiguas ocupaciones en forma espiritual. Las ánimas de los muertos no incomodan a los vivos ni se preocupan de ellos, siempre que se cumpla con las exigencias funerarias. Los vivos no mencionan a los muertos, y tratan de olvidarlos (1).

Fric hablando de la religión de los indios de la Argentina y Paraguay dice: «La mayoría de las tribus cree que el hombre tiene una o más almas. También el caballo, el perro y el loro la tienen. Otros seres, plantas, y hasta objetos, tienen un alma inferior que los abandona en el momento que los matan o inutilizan.

El alma del indio muerto monta el alma de su caballo, arroja las almas de sus flechas con el alma del arco, mata las almas de ciervos y avestruces que sus paisanos mataron (y de aquí los rituales sobre la caza muerta), él come las almas de las batatas, de mandioca, toma el alma del agua

(1) An Unknown people, p, 121. Ob. cit.

derramada y de la chicha consumida por sus parientes en la tumba.

Esta creencia motivó la costumbre de matar esclavos, caballos, perros, quebrar arcos y flechas, inutilizar los objetos de uso del difunto, derramar agua y dar banquetes sobre su tumba. Estas costumbres son generales en todas las naciones y su origen es, sin duda, el mismo.

Para descubrir el origen de esta creencia, dije al cacique Arikisó de los Kaingangs: «¡el alma no existe!»

«¿No la ves? dijo enseñando la sombra; estás fumando y tu alma fuma el alma de tu cigarrillo y suelta el alma del humo; comes porotos y tu alma tiene alma de cuchara y come almas de porotos.»

«La sombra originó la idea del alma de un segundo yo.

Al morir el indio, el alma abandona el cuerpo con el último suspiro; para impedirlo los chaqueños clavan dos huesos en la garganta del moribundo, lo entierran vivo aun y cubren la tumba con ramas espinosas, tunas etc., para impedir que el alma salga y los persiga: abandonan a marchas forzadas el sitio y todos cambian de nombre para que el alma no les reconozca.

El terror que tienen al alma del muerto, tiene el siguiente motivo: el alma abandonando definitivamente el cuerpo, se siente desnuda, tiene frío y no puede tener mujer. Para poder volver a la vida terrestre, procura robar el alma de su pariente, la esconde en el momento y entra en el cuerpo abandonado. Este es el orígen de todas las enfermedades y de la muerte.

El único que temen las almas es el *payé* (machi) que con su calabaza puede espantarlas. Cuando éste duerme invaden el toldo y esperan que el alma de un indio dormido salga por el pecho, para sus viajes sonámbulos; la agarran y la atan en el monte.

Si el indio, en un sueño, ve a algún pariente difunto, llama al *payé*. Este mira en un pedazo de espejo o lata de sardina que tiene en los aros de las orejas y allí ve el espíritu.

Canta hasta que declara que el espíritu asustado larga el alma; después canta mas ligero para que esta encuentre el camino de regreso y tranquilice a su cliente» (1).

Los esquimales creen que hay varias *«tierras de muertos»*: los que sufren una muerte violenta van al cielo, los que mueren de enfermedades van a otra morada.

Los indios de Vancouver tienen la idea que las habitaciones de los muertos se encuentran cerca de sus propias chozas, pero que son invisibles. Sin embargo la idea más común es que el mundo de los espíritus se encuentra en el lejano occidente y para llegar a él es preciso cruzar un ancho y profundo río en canoa. Uno de los elementos comunes del folklore americano es la visita a la región de los muertos por personas durante un ataque epiléptico o desmayo (2).

Los Sía de Nuevo México tienen una curiosa a creencia este respecto: «El cuarto dia después de la muerte, el espíritu parte en su viaje al otro mundo, habiéndose entretanto rondado en la vecindad. Los trajes no deben jamás depositarse enteros en las sepulturas, sino cortados en pedazos, porque si estuviesen intactas las almas de estas prendas no podrían salir. El camino al otro mundo, que está situado al norte, es tan lleno de espíritus que estos a menudo estorban unos a otros, porque no sólo las almas de los sia, sino las de todos los indios viajan por el mismo camino. Los espíritus de los muertos vuelven al lugar de su origen y las sin nacer pasan a las aldeas, donde más tarde deben ver la luz» (3).

Lynd dice que los dacotas dan cuatro almas al cuerpo humano.

---

(1) Vojtech Fric.—Las religiones de los Indios de la Cuenca del Plata Actas del XVII° Congreso Internacional de Americanistas, pp. 477-8. Buenos Aires, 1910.

(2) Handbook of American Indians (art. Soul), p. 618. Tomo II. Boletin. N.° 30 de las publicaciones de la Smithsonian Inst.

(3) The Sia.—by Matilde Cox Stevenson. Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1894.

«El primero se supone ser material y muere con el cuerpo. El segundo es un espíritu que siempre queda cerca del cuerpo. Otro es responsable por las acciones físicas y después de la muerte se va hacia el sur según unos o al occidente según otros. El cuarto siempre permanece en la vecindad de un pequeño atado del cabello del difunto, guardado por los deudos hasta que tengan una oportunidad favorable de arrojarlo en el territorio de alguna tribu enemiga, cuando se vuelve vagabundo y lleva la muerte y las epidemias en su séquito» (1).

El animismo, o sea la veneración de las almas o sombras se encuentra muy desarrollado entre los esquimales y aleutianos y otros pueblos hiperbóreos, especialmente entre las tribus cazadoras que vivían hasta hace poco entre la Bahía de Hudson y los grandes lagos (2).

Dorsey en su estudio sobre «Los cultos de los sioux», dice: «El autor no encuentra vestigios de la creencia en la inmortalidad de los seres humanos. Aun las divinidades de los dacotas fueron considerados mortales, porque podían matarse unos a otros. Pero si se entiende por inmortalidad la existencia continua en forma de ánima, no habrá dificultad en demonstrar que las tribus siouanas mantenían semejante doctrina y que con toda probabilidad era anterior a la llegada de los blancos» (3).

Los assiniboines creen que las ánimas no siempre son visibles a los vivos, aunque a veces se dejan sentir. Ocasionalmente se materializan, casándose con los vivos, comiendo, bebiendo y fumando como si fuesen mortales ordinarios. An-

(1) Lynd.—Minnesota Historical Society's Collections. Vol. II, 2.ª parte, pp. 68 a 80.

(2) Rev. S. D. Peel. On the traditions of American aborigines. Journal of the Victoria Institute of Gt. Britain. Vol. XXXI, p. 221.

(3) A study of Siouan cults, by James Owen Dorsey. Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1894, p. 521.

tes de la muerte, el toldo es rodeado por las ánimas de los parientes difuntos y estos son visibles al moribundo (1).

Los indios de Popayan, según Cieza de León, no tenían conocimiento de la inmortalidad del ánima; y «más creen que sus mayores tornan a vivir, y algunos tienen que las ánimas de los que mueren entran en los cuerpos de los que nacen» (2). La misma cosa cuenta de los canches del Perú (3).

Los mapuches o araucanos tienen creencias muy parecidas a las que hemos citado. El animismo y el culto de los antepasados imperan entre ellos.

No reconocen ningún Ser Supremo; pero pueblan la naturaleza con una serie de demonios o espíritus malignos contra quienes usan diversas prácticas mágicas o bien los protegen los espíritus de sus deudos.

La tierra de los muertos varía entre los araucanos según la localidad que habitan. Para las tribus sub-andinas está ubicada allende la cordillera; pero para las tribus costinas es al otro lado del océano.

Cuando las ánimas llegan al otro mundo sus ocupaciones y modo de vivir es la misma que en la tierra. Sufren de las mismas necesidades, sienten los mismos dolores, penas y placeres.

Los yahganes de Tierra del Fuego «creen que las almas de los difuntos andan vagabundas por los bosques y las montañas; inquietas y dolorosas, si durante la vida fueron malas, gozosas y tranquilas si fueron buenas.

«Los alacalufes creen que los buenos, después de su muerte, van a un bosque delicioso a comer hasta hartarse de todo lo que les gustaba durante la vida, como peces, frutos del mar, focas, pájaros, etc., mientras los malos son precipitados en un pozo profundo de donde no pueden salir más»;

(1) A study of Sio an cults, by James Owen Dorsev. Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1894, p. 485.

(2) La Crónica del Perú. Cap. XXXII.

(3) La Crónica del Perú. Cap. XCVIII.

pero es evidente que estas ideas se han adquirido después de su contacto con los misioneros (1).

Hemos visto que entre muchos pueblos, dominaba el temor de los espíritus. Relacionado con esta idea, encontramos un sinnúmero de curiosas costumbres. Las sepulturas se hacían más seguras; y se tapaban con montones de piedra o de tierra. Algunas tribus sembraban sus contornos de espinas, piedras cortantes u otros obstáculos que estorbarían el paso, bajo con la impresión de que las almas de estos impedirían la salida de lánima del difunto.

Una idea muy generalizada era que las ánimas no podían pasar el agua ni las cenizas y en consecuencia, entre algunos pueblos encontramos la costumbre de enterrar los muertos en islas o al lado opuesto de los ríos que corren cerca de sus habitaciones. Otros derraman cenizas por el camino que sigue el cortejo fúnebre y vuelven por otra parte para despistar el ánima e impedir que les siguiese.

Otra costumbre era de tratar de imposibilitar la salida del ánima del cuerpo. Esto se conseguía por varios medios; sepultando vivos a los moribundos, clavándoles espinas en la garganta; por estrangulación, etc.

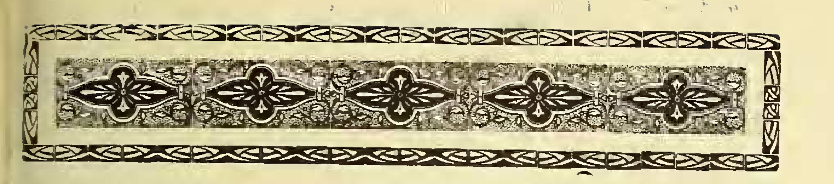
Otros pueblos creían que el ánima quedaba sujeta al mismo tratamiento que el cadáver, al cual no abandonaba hasta el momento del entierro. En conformidad con esta idea eran muchas las costumbres practicadas, especialmente por las tribus que habitaban ambos lados de los Andes. Al morir un individuo, el cadáver se envolvía en esteras, tejidos, cueros u otras especies y quedaba fuertemente atado con sogas o correas. De este modo, según su creencia, el ánima permanecía igualmente atada sin poder salir de su lugar de descanso, aun cuando en conformidad con sus ideas confusas y complejas, tenía libre acceso a la tierra de los muertos.

Entre otras tribus, sobre todo las de ciertas regiones de Nor-

(1) Los Indios del Archipiélago Fueguino, por Antonio Coiazzi. Rev. Chil. de Hist. y Geog. Año IV. Tomo X, n.º 14.

te América; se recurría a la incineración o cremación de los cadáveres; convencidos de que estando quemado el cuerpo, el ánima no podría asumir una forma material y que por lo tanto no les podría molestar haciéndose visible.

Vemos entonces que la mayor parte de las costumbres y rituales funerarios de los pueblos primitivos estaban íntimamente ligados con sus creencias animísticas y sin comprender las unas no se pueden entender las otras. Sólo con un conocimiento de los motivos que las originaron podemos explicar muchas costumbres que nos parecen crueles, bárbaras o ridículas.



CULTO DE LOS MUERTOS

Universalidad del culto.—Evolución de la idea.—Abandono de los muertos.—Algunas tribus devoran los cadáveres.—Cadáveres echados a los perros.—Curiosa costumbre de algunas tribus brasileñas.—Sepultura.—Ofrendas y libaciones.—Sobrevivencias.—Mitos.

Es preciso recordar que entre las tribus más primitivas no existen ideas religiosas en el sentido de reconocer un Ser Supremo o una Causa de Causas. Como hemos visto, no relacionan causa y efecto y todas las manifestaciones naturales que perciben son para ellos obra de espíritus. Al principio, creen que las ánimas de sus muertos pueden ocupar nuevos cuerpos, sean de hombres, animales u objetos, y sólo mucho después, se desarrolla la idea de que pueden existir separadas del cuerpo y conciben la necesidad de un lugar apartado para su residencia.

Entre los cultos primitivos, es indudable que ninguno ha sido tan universal como el culto de los muertos o los antepasados. Se puede decir que esta costumbre ha sido la base de todas las religiones pasadas y actuales y casi no hay pueblo que no la haya practicado en alguna época de su desarrollo.

Este hecho se prueba por la historia, la filología y la etnografía.

Pero si la veneración de los muertos es una forma constante, manifestada en todas partes, sin embargo se encuentra entretejida con tal número de ideas míticas y creencias supersticiosas que no se la puede reducir a una sola forma de culto y únicamente se puede hablar en este sentido tomando como fundamento la idea central, considerando las ceremonias o rituales relacionadas con ella, como simples accesorios.

El culto de los difuntos, sin embargo, no se funda *a priori* sobre el concepto de la inmortalidad del alma, sino más bien, en la idea nebulosa de la transformación y perpetuidad de ser y también en el deseo que tiene el hombre de durar algo más allá de la tumba.

Para llegar a este concepto, es preciso que la mente humana haya pasado por otras etapas anteriores. Sólo después de desarrollada la idea del ánima y su poder extrínseco de separarse del cuerpo, puede nacer la idea de venerar o propiciar los espíritus. El cadáver como tal, nunca fué objeto de culto y si algunos pueblos cuidan mucho de su conservación y sepultura es con la idea de que el ánima puede volverlo a ocupar o puede enojarse si su morada corpórea no se trate con respeto y aun con veneración.

Pero hubo un tiempo cuando no había estas preocupaciones y han existido y todavía existen tribus que no prestan atención ninguna al último destino de los despojos mortales de sus muertos; algunos porque aun no han llegado a un grado de civilización suficiente para comprender las ideas abstractas encerradas en las doctrinas del animismo, o lo que es más frecuente porque consideran que desligada el ánima del cuerpo, no vuelve a ocupar este último y por lo tanto, carece de importancia.

Los cuidados que toman con los cadáveres los pueblos más primitivos y sus costumbres funerarias se derivan a menu-

do de un recuerdo mecánico no razonado, más bien que de un sentimiento de decencia o de respeto.

Los salvajes inferiores no deben sentir ningún inconveniente por la putrefacción de los cadáveres. Los grupos son muy pequeños y por consiguiente la muerte entre ellos es rara. El hombre grosero no se incomoda como el hombre delicado por las emanaciones fétidas. Vive en medio de los animales que desuella, cuyos restos son abandonados, a su contorno. Cuándo llega a ser insoportable un sitio, se muda con gran facilidad a otro (1).

Muchos pueblos, en este estado de cultura, abandonan sus muertos; otros sólo sepultan sus jefes.

Los cadáveres de la plebe son arrojados a las fieras y las aves de rapiña. Los escritores antiguos y modernos nos dan numerosas citas de tales costumbres.

Los cafres de Africa abandonan sus muertos que sirven de pasto para los lobos, las aves y los insectos (2).

Justin dice que los partianos hacían devorar los cadáveres por los perros o por las aves de rapiña y que en su país se encontraban los huesos de los muertos por todas partes.

Cicerón nos avisa que en Hyrcania se alimentaban los perros públicos con la carne de los muertos (3).

Strabón habla en estos términos de una costumbre análoga: «En la capital de los Bactrianos se alimentan unos perros, a que se dan el nombre especial de *enterradores*. Estos perros son encargados de devorar todos los que comienzan a debilitarse por su edad avanzada o por enfermedad. De allí viene que en los alrededores de la capital no se ve ninguna tumba; pero el interior de los muros es todo lleno de huesos. Se dice que Alejandro ha abolido esta costumbre» (4).

Todavía en tiempos modernos, en el Tibet se entregaban

(1) Etudes sur les facultés mentales des animaux, por J. C. Honzeau, tomo II. p. 606. Mons. 1872.

(2) Travels in Southern Africa, por Barrrow. Lóndres 1797.

(3) Cicerón. Quaestiones tusculanae, lib. I, Cap. 45.

(4) Strabon.—Geographia, libro VII.

los cadáveres a los perros después de haberlos despedazad
Se mantenían esos perros sagrados expresamente para dev
rar a los ricos (1).

Según Heródoto, los calliates de la India devoraban ell
mismos los cadáveres de sus deudos (2).

Otros pueblos arrojan los muertos a los rios o al mar do
de son devorados por los peces o las aves.

Muchas de estas costumbres las encontramos subsistent
entre las tribus de América.

Los seris del golfo de California prestaban muy poca ate
ción al entierro de sus muertos, que eran generalmente aba
donados en el lugar donde morían; salvo cuando estaban e
la vecindad inmediata de las rancherías.

En este caso el cadáver se cubría con ramas o monte
para que los animales salvajes no estorbasen el sueño de lo
vivos, al pelear sobre los restos (3).

Los pimas abandonan a los viejos o inválidos y los deja
morir de hambre. A veces éstos se suicidan, prendiendo fue
go a las chozas que habitan (4).

Bancroft en su Historia de los Estados Unidos, dice, qu
entre las tribus indias de aquel territorio, era muy frecuent
el abandono de los viejos y enfermos. Semejante costumbr
prevalecía entre los patagones y otras tribus nómades de la
Pampas y del Chaco.

Leemos en el viaje de Henry Ellis (1746) que los esqui
males de la Bahía Hudson lo consideraban una obligación so
cial estrangular a los viejos que ya no podían mantenerse
que a veces fueron enterrados; pero con frecuencia abando
nados en la nieve, para que los animales devorasen sus ca
dáveres.

(1) Huc.—Souvenirs d'un voyage dans le Thibet, Tomo II, cap. 2.

(2) Heródoto.—Historia, lib. III, cap. 38.

(3) W. J. Mc. Gee.—The Seri Indians, p. 287. Seventeenth Annual Re
port of the Bureau of Ethnology. Washington, 1898.

(4) Frank Russel.—The Pima Indians, p. 192. Twenty-sixth Annua
Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1908.

Los salvajes de Tierra del Fuego, apremiados por el hambre inmolaban a los viejos que consideraban de menor importancia que sus perros y comían sus carnes (1).

Varias de las tribus del Amazonas comían sus muertos. Según los primeros descubridores, los capanahuas, cashibos carapaches y cocomas tenían esta costumbre (2). Estos últimos, después de comer la carne de sus deudos difuntos, molían los huesos y el polvo así formado los echaban a sus bebidas fermentadas. Decían que era mejor estar dentro del vientre de un amigo que estar sepultado en la tierra helada(3). Raleigh relata la misma cosa de los aruacos del Orinoco (4). Southey dice otro tanto de los ximanas (5) y Wallace hablando de los aborígenes del valle del Amazonas, dice: Los tarianos y tucanos y algunas otras tribus (entre las cuales se pueden citar los cobeus), un mes después de los funerales, desentierran el cadáver, que se encuentra ya muy descompuesto, y lo colocan en una gran paila sobre el fuego hasta que todas las partes volátiles se evaporan con un olor horrible, dejando sólo una masa carbonizada que se muele hasta reducirlo a polvo. Esto se echa en las tinajas de *caxirí* (chicha) y es bebida por los reunidos (6).

Algunas, sino todas las tribus de las costas setentrionales del Pacífico eran antropófagos y cuando faltaban enemigos a quienes comer, satisfacían su voracidad con los cadáveres de sus deudos (7).

(1) Darwin.—Narrative of the voyage of the Adventure and Beagle.

(2) Sir Clements Markham.—A list of the tribes of the Valley of the Amazon. Journal of the Royal Anthropological Institute. Vol XL. 1910. Londres.

(3) Sir Clements Markham.—A list of the tribes of the Valley of the Amazon. Journal of the Royal Anthropological Institute. Vol. XL. 1910 Londres.

(4) Sir Walter Raleigh.—The Discovery of Guiana. Londres, 1619.

(5) Southey.—Brazil, tomo III, p. 722.

(6) Alfred Russel Wallace.—Travels on the Amazon and Rio Negro. Londres, 1853.

(7) Viaje del capitán Jacobsens a la costa noroeste de América, pp. 48 y 50.

Por estos ejemplos, que podrían multiplicarse, se ve que no en todas partes se guardaba el mismo respeto para el cadáver.

Esto no siempre quiere decir que no existía el culto por los muertos entre las tribus que tenían semejantes prácticas, Al contrario, vemos entre los esquimales, los seris y otras, un gran temor a las ánimas, y entre otros pueblos de parecidas costumbres, hallamos ceremonias y ritos propiciatorios, practicados para complacer los espíritus de los difuntos.

Empero la mayor parte de los pueblos incluía, como parte integrante y principal de su culto, el respeto y cuidado del cadáver.

Las sepulturas se construían sobre el modelo de las habitaciones; al cuerpo se ataviaba con sus mejores adornos y prendas de vestir, y se enterraba acompañado de sus armas, si era hombre, y de los utensilios caseros si era mujer. Se colocaba en la sepultura un gran acopio de provisiones, bebidas, regalos, ropa, etc., y en el caso de un jefe u otra persona de importancia, fueron sacrificados con frecuencia sus mujeres favoritas y esclavos al igual de sus caballos y perros para que nada le faltase en su vida futura, o en su viaje a la tierra de los muertos.

Muchos pueblos creían que los espíritus no abandonaban los lugares que habían frecuentado en vida y que permanecían en la vecindad de las tumbas. Estas llegaron a ser puntos de reunión de los deudos y amigos. Allí hacían sus fiestas y banquetes, siempre dejando ofrendas a los muertos, que se suponían presentes pero invisibles. Las libaciones y ofrendas se renovaban periódicamente.

Numerosas son los costumbres curiosas que se han formado al rededor de estas ideas; muchas de los cuales sobreviven hoy entre los pueblos civilizados.

En 1781 se enterró Freidrich Kasimir, Conde Boos von Waldeck, caballero de la Orden Teutónica. Durante sus fune-

rales en Treves, se mató sobre la tumba el caballo favorito del difunto (1).

En las aldeas alemanas, como en muchas otras partes, los muertos son vestidos y calzados de sus mejores prendas antes de colocarlos en los ataudes.

En varias partes de Europa, encierran en el ataud un aguja e hilo para que el muerto pueda remendar sus vestidos. En Bretaña, los campesinos atizan el fuego antes de acostarse y dejan en la mesa los fragmentos de la cena, para que los espíritus que visitan sus antiguos *lares* puedan encontrar lumbre y alimento. El chino se siente obligado a comunicar a los espíritus de sus antepasados, cualquier acontecimiento importante que suceda en el seno de su familia. Los espíritus no sólo se encuentran presentes a toda hora, sino que se conversa con ellos y se les ofrece alimento. Cada año se celebra una fiesta en honor de los muertos y se cree que en estas ocasiones concurren las almas de todos los antepasados, y aunque invisibles, participan de la fiesta.

La decoración de los mausoleos y tumbas en el día de Todos Santos, no es más que una reliquia de la costumbre de dejar ofrendas periódicas a los muertos.

En América, casi no hay tribu que no practica en una u otra forma algunas de estas costumbres como tendremos ocasión de ver en los capítulos siguientes.

El desarrollo evolutivo del culto de los muertos lleva a la formación de mitos y más tarde al establecimiento de religiones panteístas. Las almas de los grandes jefes o los fundadores de familias que llegan a ser poderosas, son veneradas, y al rededor de ellas se forman leyendas que se hacen más fantásticas y milagrosas con el transcurso de las generaciones, hasta que estos antepasado asumen las proporciones de héroes y aun de divinidades.

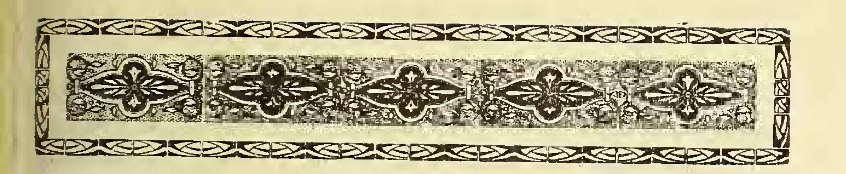
Ejemplos de esta naturaleza se hallan en la mitología peruana, muisca y mexicana, donde Manco Capac, Bochica y

(1) *Edward B. Tylor*. Anthropology, p. 347. London 1892.

Quetzalcoatl, son a la vez héroes legendarios, fundadores culturales ydivinidades.

Así, algunas tribus brasileñas dicen que Tamoi, el abuelo, el primer hombre, vivió entre ellos y les enseñó a cultivar el suelo y después se fué a vivir en el cielo donde recibe y gobierna las almas de los muertos.

No seguiremos todas las transiciones de las ideas religiosas de los pueblos primitivos; tema inagotable, y sólo indicaremos de paso las que tienen una relación directa con las costumbres que estudiamos.



CAPITULO III

SUPERSTICIONES

Creencias respecto del ánima.—Propiciación.—Destrucción de la propiedad de los muertos.—Temor de habitar un lugar en que ha ocurrido una muerte.—Costumbre de sacar a los moribundos de sus habitaciones.—Algunas tribus matan a los enfermos o los abandonan.—Estratagemas para que no se contaminen las habitaciones.--Contaminados los que tocan a los muertos.—Ceremonias de purificación.—Tabú.—Temor de mencionar el nombre de los muertos y de los vivos.--Las ánimas no pueden pasar el agua.—La situación del *«país de los muertos»*.—El ánima reside en el cabello.—¿Dónde van los espíritus de los cobardes? Por que no usan sepultar los cadáveres.—El tatuaje y el ánima.—Animas remendadas.—Alma llevada por una lechuza.—Cremación.—Las ánimas de los niños llevan escobas para barrer el camino.—El ánima y la sequía.—Perros enterrados con los muertos.—Las ánimas duermen de día.—Razón para incinerar los cadáveres.—Razón para no incinerarlos.—El ánima y el fuego.

Muchas de las costumbres curiosas y a veces inexplicables de los pueblos primitivos, son derivadas de sus temores supersticiosos. Para poderlas explicar, es preciso comprender su psicología y no perder de vista la parte importante que juega en la vida la creencia arraigada respecto del poder y volición de las ánimas o espíritus, a que subordinan todas sus acciones por más insignificantes que parezcan.

Aquellas tribus que no tienen convicciones de una vida futura son justamente las que miran con mayor indiferencia la disposición última de sus muertos y que con frecuencia los abandonan a las fieras.

Otras, por lo contrario, creen que los espíritus continúan habitando la tierra y frecuentan los lugares donde antes vivían, y otras aún, que las ánimas sólo quedan en la vecindad durante un tiempo limitado y después van a una región apartada, destinada especialmente a los muertos. Pero al mismo tiempo, creen que tienen la facultad de volver para dañar a los que no los tratan con la debida consideración, o que omiten a cumplir con las costumbres funerarias establecidas. También imaginan que se aprovechan de cada oportunidad para ocupar cualquier cuerpo, cuya ánima lo haya abandonado momentáneamente, como por ejemplo, durante un sueño, un desmayo o un ataque epiléptico.

Muchos son los medios a que se recurren para evitar el regreso de los espíritus. El principal entre ellos es la propiciación. Para tener contenta al ánima, entierran con el muerto sus principales bienes, regalos, alimentos, etc., para que no le falte nada en su largo y penoso viaje. Creen que las ánimas de los objetos enterrados acompañan el espíritu del difunto y que éste se sirve de ellas. Algunas tribus destruyen toda la propiedad del muerto con el mismo fin, creyendo que las ánimas de los objetos destruídos irán a buscar el espíritu de su amo. Otras practican la misma costumbre por temor a la contaminación, que daría la muerte poder sobre ellos, y no faltan pueblos que imaginan que la posesión de bienes personales de un muerto daría al espíritu de este cierto influjo sobre su vida y acciones. Entre los esquimales, tan luego como una persona muere, todos sus efectos son arrojados fuera de la choza. Los que ocupan la misma habitación sacan al aire todas sus posesiones y a veces las dejan afuera por varios días para que pase el *olor a muerte.* En Groenlandia los parientes del difunto sacan las prendas de vestir que usaban al momento de la defunción y los botan también.

Cuando se ha sacado todo, una mujer enciende una antorcha y la agita para que el espíritu vea que todos sus bienes han sido retirjados. Creen que así no tiene para que volver a la choza, puesto que no queda allí nada que le pertenezca (1).

Los maidu de California Central no solamente quemaban la propiedad de los muertos, sino que anualmente hacían un sacrificio ceremonial de ofrendas de toda clase, a los espíritus de sus antepasados (2). Los utes de Nuevo México quemaban el rancho y toda las posesiones del muerto (3).

Las mayas tenían una costumbre parecida; como también los navahos de Arizona antes que principiaron a construir casas de piedra. Ahora llevan a los moribundos afuera, para que no expiren dentro de la habitación. Una casa o choza donde muere un individuo se llama *chindi-hogan* (casa del demonio) y no puede habitarse después por temor a las ánimas (4).

Mooney dice que en una ocasión, pasando cerca de un campamento de los indios kiowa, vió a un padre lamentando la muerte de su hijo. Estaba sentado al lado del camino, desnudo con excepción de un taparrabo. La sangre corría de numerosos tajos que se había hecho en el cuerpo. No levantó la vista cuando pasaron los viajeros, sino siguió con sus plañideras. Se había destruido toda la propiedad del difunto. Agrega el autor que estos indios quemaban los carros, arneses, toldos, frazadas y otros bienes de los muertos y que sus caballos y perros fueron muertos sobre la tumba, para que los acompañaran, en la tierra de las ánimas. De esta manera destruían a veces, bienes de valor de muchos miles de pesos (5).

(1) Holm G.—Meddelelser om Grönland. Parte 10. p. 107.

(2) Dixon R. B.—The Northern Maidu. Boletin del American Museum of Natural History. Tomo XVII. Pt. 3. 1905.

(3) Ten Kate. H. F. C.—Reizen en Onderzoekingen in Noord-Amerika Leyden, 1885.

(4) Matthews W.—Navaho Legends. New York. 1897.

(5) Mooney James.—Calendar History of the Kiowa Indians. p. 363 XVII Report. Bureau of American Ethnology. 1895-6.

Entre los pimas, cuando moría un dueño de casa, su rancho se quemaba; excelente precaución higiénica; pero costumbre perjudicial al desarrollo de la arquitectura. Las otras estructuras al contorno de la habitación, se quemaban, o se amontonaban encima de la sepultura. Las posesiones personales del difunto eran destruídas de la misma manera y si dejaba animales domésticos, estos eran muertos y comidos por los vecinos; aunque los parientes cercanos se abstenían de participar en tal alimento. Si el marido poseía dos ponchos o frazadas, la viuda podría guardar uno. El nombre del difunto no se mencionaba más y se hacía todo lo posible para borrar su memoria de la mente de los sobrevivientes (1).

Cuando moría un mohave, se practicaban las mismas costumbres y matábanse algunos de sus caballos que servían para la fiesta fúnebre, pero los de su clan no podían participar en ella (2).

Oviedo describió algunas de las costumbres funerarias de los indios de las Antillas, que también eran comunes a las tribus caribes del norte de Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Dejan traslucir vestigios de las mismas preocupaciones respecto de la propiedad de los muertos, pero un poco más desarrolladas. Ya no se destruían estos bienes. Las casas que habían ocupado los difuntos eran abandonadas por los parientes. Los objetos personales de los muertos tampoco eran destruídos sino repartidos entre los extraños que asistían a las ceremonias fúnebres, que suponían no estarían sujetos a las mismas consecuencias peligrosas como los de la misma sangre del extinto. Durante estas ceremonias los agraciados recitaban todos los hechos importantes de la vida del difunto, ensalzando sus cualidades, contando las batallas

---

(1) Russel Frank. The Pima Indians. 26 th. Annual Report of the Bureau of Ethnology. pp. 194-5. Washington. 1908.

(2) Bourke. Journal of American Folklore. Vol II. p. 184. citado por Russel.

en que había peleado, etc. Los cantos mortuorios se acompañaban con bailes llamados *areitos* (1).

En Sud América existían y aún existen las mismas supersticiones. El Padre Sánchez Labrador nos informa que entre los mbayas y caduveos, «retirado el cadáver del toldo, queman las esteras y lo que tienen del difunto; quiebran las ollas y cántaros y procuran apartar de sus ojos cuanto puede refrescarles la triste imagen de la muerte. Después, todos los del cacicato mudan a un sitio algo distante los toldos, temerosos de que la muerte los recorre todos, sino la dejan sola en descampado. Esta ceremonia no se practica si el difunto es niño, porque la muerte de estos no es comparable con la de los adultos» (2).

Los lenguas también destruyen los efectos personales y los animales del muerto, con la idea que los necesitará en la vida futura. Creen que en el caso contrario, el ánima del difunto frecuentaría la localidad con el objeto de dañar a los que se habían posesionado de su propiedad. Como los mbayas, cambian el lugar de sus aldeas. Sus habitaciones, que son simples ramadas, se queman (3). Estas costumbres se hacen extensivas a todas las tribus del Chaco y Boman dice que algunos de los indios de Bolivia y del valle de Calchaquí en el Noroeste argentino hacen otro tanto.

Entre los indios susques, todos los efectos de los difuntos se llevan al río, donde se reúnen todos los miembros de la familia para lavarlos. Para esta ceremonia se lleva una llama nueva o un corderito, de color negro. Se matan estos animales, punzándoles el corazón con un instrumento afilado. Después de dejar correr la sangre, la rotura de la piel se cose con cuidado. En seguida los animales son adornados con cintas negras y se amarra un cordel negro al cuello. So-

(1) Hernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo.—Historia General de las Indias.

(2) Padre José Sánchez Labrador.—El Paraguay Católico. Tomo II, p. 48.—Buenos Aires. 1910.

(3) An unknown People.—Ob. cit. pp. 122, 162 y 169.

bre las espaldas del sacrificio se amarra por medio de otros cordelitos negros, pequeños sacos que contienen comestibles y *coca*. Este llamita se denomina *maletero del alma*. El lleva las provisiones del muerto para el viaje al otro mundo. El corderito sirve de alimento al fallecido. Los dos animalitos se entierran a más o menos doscientos metros de la cabaña del difunto. En Abrapampa practican la misma ceremonia.

En el valle Calchaquí también se usa la costumbre de lavar los efectos del muerto y se baña asimismo al esposo sobreviviente. Los indios susques guardan los efectos lavados para el uso de los herederos, pero los calchaquíes no se sirven de ellos por a lo menos un año y a veces los queman, como lo hacen también muchos de los indios bolivianos.

La costumbre de lavar los bienes del difunto es esencialmente peruana, como lo demuestra la descripción de esta ceremonia, inserta en las listas de las superticiones de los indios del Perú que dan el Padre Arriaga y el arzobispo de Lima, Don Pedro de Villa Gómez. «En algunos pueblos de los llanos, diez dias después de la muerte del difunto, se junta todo el ayllo y parentela, y llevan al pariente más cercano a la fuente, o corriente del río, que tienen señalado y le cebullen tres veces y lavan a la ropa que era del difunto, y luego se hace una merienda, y el primer bocado que mascan lo echan fuera de la boca, y acabada la borrachera se vuelven a casa y barren el aposento del difunto, y echan la basura fuera, cantando los hechizeros, y esperan cantando, y bebiendo toda la noche siguiente al ánima del difunto, que dicen que ha de venir a comer y beber; y cuando están ya tomados del vino dicen que viene el ánima, y le ofrecen derramándole mucho vino, y a la mañana que ya está el ánima en Zamayhuaci, que quiere decir casa de descanso, y que no bolverá más» (1)

(1) Boman, Eric.—Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du Désert d' Atacama. Tomo II, p. 519, 520. París 1908.

Entre los mapuches prevalece la misma superstición, pero el uso y el instinto de la economía ha modificado un poco la costumbre. Guevara dice: «No solamente el cuerpo es objeto tabuado, sino también los muebles y la ropa que han recibido su contacto material, participan de su virtud nociva. Ningún mapuche se atreve a usar las prendas sobrantes de un muerto. Suele venderlas en otras reducciones apartadas de la suya (1).

Relacionada con el temor de habitar las casas, chozas o toldos en que había muerto alguna persona, encontramos otra costumbre, bastante repartida; que si no supiéramos su origen y motivos, encontraríamos especialmente bárbara; la de retirar a los moribundos de las viviendas para dejarlos morir afuera. Esto se hace para que no queden contaminadas las habitaciones, lo que les obligaría a destruirlas.

Hemos visto que esta costumbre obtiene entre los apaches o navahos.

Los indios de Puerto Rico, según Herrera, frecuentemente sacaban a los enfermos de sus casas, si creían que no había esperanza de que sanasen. Los esquimales hacen la misma cosa. Turner dice que cuando se acerca la muerte, los parientes más próximos sacan a los moribundos hasta el exterior de las casas para impedir que la muerte penetre en ellas (2). Boas dice la misma cosa de ellos; pero agrega que entre las tribus centrales, hacen una pequeña choza en la cual se abandona al enfermo, con una pequeña cantidad de provisiones; pero sin acompañantes. Mientras no hay temor de una muerte inmediata puede ser que los parientes y amigos le visiten, pero cuando ven que la muerte se aproxima le abandonan a su suerte. Si sucede que una persona muere en una habitación ocupada por otras, todo lo que hay adentro debe ser des-

(1) Guevara Tomás.—Psicología del Pueblo Araucano, p. 266. Santiago, 1908.

(2) Turner Lucien M.—Ethnology of the Ungava District, Hudson Bay Territory. XI. Report. Bureau of American Ethnology, p. 191. Washington, 1890.

truído o arrojado; aun las herramientas no pueden usarse más (1).

Que no son nuevas estas supersticiones entre los esquimales lo aprendemos de Ellis, quien en 1746 observó costumbres semejantes.

Dice en la relación de su viaje, que los esquimales de la Bahía de Hudson lo miraban como una obligación social, estrangular a sus parientes ancianos, que ya no podían mantenerse.

«El viejo, después de haber visto abrir la fosa que le iba a servir de tumba, bajaba a ella voluntariamente, y fumaba por última vez su pipa, declarándose luego listo para morir. Dos hombres vigorosos le torcían una soga al cuello y tiraban de los extremos en direcciones opuestas, hasta que se extinguía la vida. Se cubría el cadáver con un poco de tierra y se elevaba un montoncito de piedras encima de la tumba (2).

Los caribes de las costas del golfo de México y Mar Caribeo, cuando consideraban que una persona estaba próxima a su fin, la llevaban a los bosques y la dejaban en una hamaca suspendida de los árboles. En seguida se ponían a bailar a su rededor hasta la tarde y, dejándola suficientes provisiones y agua para alimentarse por cuatro días, se volvían a sus casas. Si se restablecía y tornaba a la población le recibían con grandes ceremonias de júbilo, pero si moría por efecto de su enfermedad o por hambre, nadie se acordaba más de él (3).

Los lenguas (como casi todas las tribus del Chaco) cuando les parece inminente la muerte, sacan al moribundo de la agrupación, y le tienden en el suelo a alguna distancia,

(1) Boas. Dr. Franz.—The Central Eskimo. VI. Annual Report. Bureau of Ethnology p. 612. Washington, 1888.

(2) Ellis, Henry.—Voyage to Hudson's Bay. London, 1748.

(3) Irving, Washington.—Viajes y Descubrimientos de los compañeros de Colón. Nueva York, 1860.

cubriéndole con una estera, aun cuando esté completamente conciente.

No toman en cuenta la comodidad del enfermo en este momento; se le puede quemar el sol de medio día, para aumentar sus sufrimientos; o pueden estar cayendo lluvias tropicales: o quizás le hiela el viento frío del invierno, pero esto no les importa. Cerca de él se hacen los preparativos para el entierro. El los ve y oye la discusión sobre la manera de disponer del cadáver. Se puede imaginar cuáles serán los sentimientos del pobre abandonado. Nadie le compadece, ni le hacen caso. A menudo sufre las agonías de la sed; pero a nadie se le ocurre darle de beber.

Los que han sido nombrados para hacerle el entierro, esperan hasta media hora antes de la puesta del sol—salvo que el enfermo haya muerto antes— y entónces muerto o vivo; si no hay esperanza que dure hasta el día siguiente; se principia el entierro, que debe terminarse antes del oscurecer (1).

El doctor Chervin cuenta lo mismo de los Tobas y agrega que los moribundos son a menudo ultimados a golpes de macana, o sepultados vivos. Si es mujer con niño de pecho, éste se entierra vivo junto con su madre (2).

Los mundurucus lo consideran un acto de cariño matar a los individuos enfermos que tienen poca esperanza de mejorarse y los hijos matan a sus padres cuando estos no pueden gozar más de la caza, los bailes y las fiestas (3).

Los puelches de las pampas de Patagonia «sacan a los enfermos moribundos de la habitación para que no la contaminen; si alguno muere en ella todos la desamparan como

(1) An Unknown People.—Ob. cit. p. 161

(2) Chervin. Dr. Arthur.—Anthropologie Bolivienne. Tomo I, p. 139 Paris 1908.

(3) Chandless W.—Notes on the Tapajos, Purus, and Aquiry. Journal of the Royal Geographical Society. London, 1863 y 1868.

apestada por el *chahuelli* (espíritu maligno) que entró en ella (1).

Los araucanos, pehuenches y patagones guardaban las mismas supersticiones y costumbres, como lo hacían igualmente los fueguinos quienes estrangulaban a los gravemente enfermos (2).

Entre muchas de aquellas tribus que no destruían las habitaciones en que había sucedido una muerte, existía una costumbre supersticiosa de tratar de engañar al espíritu. Creían que el ánima sólo podía volver a su antigua residencia por el mismo camino donde había salido el cadáver. Para evitar esto, eran diversas las medidas tomadas, algunas de ellas bastante curiosas. Una de las más generales era de abrir un boquete en uno de los muros, o de cortar un paso en los cueros que formaban los toldos. Después del entierro estos egresos eran cuidadosamente remendados, de modo que cuando llegaba el ánima buscando el camino por donde había salido se hallaba sin entrada.

Los esquimales sacaban los muertos por la ventana si era casa y por una abertura cortada en los cueros si era una tienda (3) donde habían fenecido; o a veces por el portillo dejado en el techo para el paso del humo, pero jamás por la puerta (4). Los indios tlinglit de Alaska removían los muertos por un portillo que abrían en la parte posterior de sus casas, desclavando una tabla, que tan luego como habían pasado era remachado de nuevo (5). Los navahos, que ahora

(1) Fonck, Francisco.—Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi, p. 62. Valparaiso, 1900.

(2) Bridges, Rev. Thomas.—Los fueguinos. Conferencia dada en Buenos Aires el 18 de Agosto de 1886 y publicada en el «Ferrocarril» de Santiago el 4 de Septiembre del mismo año.

Coazzi Antonio.—Ob. cit. Revista de la Soc. Chilena de Hist. y Geog.

(3) Nansen, Fridtjof.—Eskimo Life, p. 245, London, 1893.

(4) Nelson, E. W.—The Eskimo ahout Behring Strait, p. 311. XVIII Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1899.

(5) Swanton J. R.—Social condition, beliefs and linguistic relationship

construyen casas de piedra, sacan los muertos por las ventanas, que no se vuelven a abrir por un año.

Son numerosas las tribus que lo consideran una contaminación tocar los muertos o sus posesiones y las personas obligadas a efectuar los entierros tienen que pasar por ceremonias de purificación y cierto sistema de *tabú* o prohibiciones.

La interdicción de ciertos alimentos o trabajos a los que han tenido que tocar los muertos es muy común entre los pueblos primitivos, no sólo en América sino en todas partes del mundo.

Entre los kutchines, las personas que han preparado el cadáver para su entierro y han efectuado la sepultación se someten a un baño de vapor y no pueden comer carne por cuatro días. Las mismas personas, entre los esquimales se consideran contaminados por algún tiempo y tienen que privarse de ciertos alimentos. El día en que muere una persona, a nadie en la agrupación se le permite trabajar y los parientes del difunto tienen que abstenerse del trabajo durante los tres días subsiguientes. Es especialmente prohibido durante este tiempo el uso de instrumentos cortantes o punzantes, por temor de herir o lastimar al ánima, que puede estar presente a cualquier momento, y si fuera lastimada accidentalmente pudiera enojarse y traer enfermedades o la muerte a los presentes. Tampoco deben meter ruidos repentinos o discordantes que pudiesen molestar las ánimas. Por la mañana del tercer día, antes de desayunar todos los de la agrupación, hombres, mujeres y niños se bañan en orines, que creen los purifica de cualquier efecto nocivo que puede derivarse de la proximidad del espíritu, y al mismo tiempo les endurece la carne, dejándola a prueba de futuras influencias del ánima (1).

---

of the Tlinglit Indians, p. 430. XXVI. Annual Report of the Bureau of American Ethnology. Washington, 1900.

(1) The Eskimo about Bering strait. Ob. cit. págs. 311 y sig.

Los zuñi, los sia y otras tribus de Nuevo México y Arizona lavan el cadáver ántes de enterrarlo. Si la persona que muere es casada, el marido o la mujer que sobrevive es tambien bañado por una mujer del clan del muerto. Cuando muere un niño, ambos padres son bañados, pero no se bañan a los niños si mueren los padres (1).

Las ceremonias de purificación y los *tabus* impuestos a los parientes de los muertos por los lenguas son curiosos.

Cuando los encargados del entierro vuelven después de cumplida su tarea, beben una cantidad de agua caliente y se lavan de pie a cabeza. En seguida se encienden algunos trozos de *palo santo* que son llevados al rededor de la aldea. Se cava un hoyo para recibir las cenizas de todos los fuegos, las que son cuidadosamente recogidas y sepultadas. La razón de esta curiosa costumbre es la siguiente. Se supone que las ánimas de los muertos vuelven frecuentemente a la aldea donde murieron. Estas visitas tienen lugar invariablemente un poco antes del amanecer. El ánima siente frío y si encuentra un fuego trata de resuscitar el rescoldo. Si está completamente apagado se enoja y desparrama las cenizas y si algún indio incauto las pisa después, se expone a muchas calamidades. Para evitar esto entierran todas las cenizas cuando ha sucedido una muerte y trasladan los toldos a otra parte.

Los parientes cercanos entran a la nueva aldea muy arropados y viven aparte por un mes, comiendo solos y jamás participan de la olla común. Son mirados como contaminados hasta que termina el período del duelo, cuando son purificados con agua caliente. Solo entonces se hace la fiesta fúnebre. Después de otros ritos son permitidos participar de nuevo en la vida comunal (2). Estas costumbres son seguidas sobre poco más o menos por todas las tribus del Chaco.

(1) Stevenson, Matilda Coxe. The Sia. XI Annual Report of the Bureau of Ethnology, Wáshington, 1894.

(2) An Unknown People, Ob. cit., p. 168.

Boman menciona que los indios de la Puna de Atacama se bañan y también lavan los efectos de los difuntos, después de un entierro (1).

Los yuntakutchines de Alaska, después de haber estado ocupados en la cremación o sepultura de un muerto, no comen carne por un año, porque creen que si lo hicieran ellos tambien morirían (2).

Los guaicurus abstienen de comer pescado, carne de ciervo y ciertos otros alimentos durante los dos o más meses que dura el duelo (3).

A veces la purificación se extiende hasta el cadáver. Algunas tribus de los indios kalish de Colombia Británica, lavan el muerto, o lo bañan, arreglando el pelo y pintandole la cara en seguida. Empolvan la cabeza del difunto con el plumón o flor de la totora o junquillo, que consideran potente contra las influencias malignas que generalmente acompañan la asociación con los muertos (4). Los deudos tambien se bañaban después del entierro (5).

Es curioso ver el recelo con que los pueblos primitivos se guardan de pronunciar los nombres de los muertos. Algunas veces esta prescripción sólo dura por un período determinado; pero con frecuencia es perpetua.

Algunas tribus aun cambiaban ciertas palabras de su vocabulario, cuando, como era común, el nombre del muerto se derivaba de algún objeto o animal familiar. Entre los

---

(1) Antiquités de la Région Andine. ob. cit. p. 520. Tomo II.

(2) Schmitter. Smithsonian Miscellaneous Collections. Vol. LVI. n.º 4, 1910.

(3) El Paraguay Católico. Tomo II, p. 49, Ob. cit.

(4) Hill Tout. Charles. Report on the Ethnology of the Stlatlumh of Britich Columbia. Journal of the Anthropological Institute of Gt. Britain & Ireland. Vol. XXXV. Tomo I, pp. 126 y sig. London, 1905.

(5) Hill Tout. Charles. Etnnological report on the Stseelis and Skaulits tribes. Journal of the Anthropological Institute of Gt. Britain & Ireland. Vol. XXXIV. Tomo II, pp. 311 y sig. London, 1904.

kiowas la muerte de un individuo obligaba a todos los demás miembros de la familia a cambiar sus nombres, mientras todos los términos de la lengua que recordaban el nombre del difunto eran suprimidos durante un período de años (1).

Entre los esquimales, según Holm, el temor de mencionar el nombre del difunto es tan grande que cuando hay en la misma agrupación dos o más personas que llevan el mismo nombre, los sobrevivientes cambian los suyos, y cuando se han derivado de algún animal, objeto o idea abstracta la palabra que lo designa también se cambia.

De este modo la lengua es, sujeta a constantes cambios, porque los nuevos términos son aceptados por la tribu entera (2).

La misma costumbre se encuentra muy repartida entre los indios de Norte América, del Chaco y de la Patagonia.

Entre los indios, el nombre juega un gran papel. Es considerado como una posesión personal, una parte de la individualidad de la persona y como tal no debe ser usado indebidamente por personas extrañas. Hemos visto que algunas tribus creen que el cuerpo posee dos o mas ánimas y el nombre es casi siempre una de ellas o de alguna manera íntimamente ligado con ellas.

Los nombres, mirados como propiedad intrínseca, podrían ser empeñados, prestados, regalados, o abandonados; por otra parte podrían ser adoptados por otros sin el consentimiento del dueño y ser maltratados o ultrajados por venganza.

Por todas partes, la posesión del nombre se guardaba con mucho celo y era considerado poco cortés y aún insultante el llamar a un individuo por su nombre. Muchos indios temen pronunciar su propio nombre, y cuando alguien se lo

---

(1) Handbook of American Indians. (Art. Names y Naming). Tomo II, 17. Smithsonian publications Buletin 30. 1910.

(2) Meddelelser om Grönland. Ob. cit., p. 111.

pregunta, se niegan a darlo o ruegan a otra persona que lo repita (1).

Los maidu, los esquimales, los araucanos y muchos otros pueblos tenían esta costumbre.

Smith, describiendo las costumbres de los araucanos relata lo siguiente: «La repulsión de dejarse retratar es universal entre este pueblo; porque como son muy supersticiosos y creen en la magia, temen que el que posee el retrato puede dañar o destruir a la persona representada. El mismo temor supersticioso se nota también en cuanto a sus nombres y pocos son los indios que le dirán como se llaman, por miedo de que, sabiéndolo, uno puede adquirir algun poder sobrenatural que redundaría en su contra. Un día pregunté su nombre a nuestro compañero indio y me contestó:—No tengo. Creyendo que no me había comprendido, le volví a preguntar, y dijo:—No sé.

Yo pensé que mi mapuche no era intelegible; pero Sánchez me dijo después que había hecho bien la pregunta y me explicó la causa por que no me había querido contestar el indio» (2).

Los stseelis, tribus de la Colombia Británica tienen tres términos distintos que emplean cuando hablan de los muertos:

Te smesteuqsetl. = La gente del otro mundo.
Sela-anita. = El finado.
Te spolakuetsa. = Espíritu, ánima, o aparición del muerto.

No hablan nunca de una persona que ha fallecido, llamándola por su nombre (3).

Esta reticencia por parte de los indios, parece deberse en parte, al hecho de que, a cada hombre como también a cada

(1) Names and Naming, Ob. cit., p, 17.
(2) Smith, Edmond Reuel. The Araucanians, p. 223, New York. 1855.
(3) Ethnological Report on the Stseelis, Ob. cit., p. 321.

objeto se le supone tener un nombre propio que expresa también su naturaleza íntima, que llega a identificarse con ella y asume en sus ojos un carácter sagrado. Creen que una vez conocido el nombre, se conocen también las cualidades intrínsecas, y que este conocimiento puede usarse en su detrimento.

Por lo tanto, un individuo puede perder su principal fuerza si se divulga su nombre. Siguiendo esta idea, imaginan que los muertos tampoco quieren que se les nombre, porque al hacerlo se pudiera estorbar su tranquilidad y así provocar su mala voluntad.

Se cree también que hay una afinidad espiritual entre dos personas del mismo nombre y que las características de un muerto se transmiten a la persona que ha recibido su nombre como recuerdo, quien además, se encuentra en el caso de desafiar las influencias que han causado la muerte de su tocayo. Si éste ha muerto ahogado, el que ha recibido su nombre se encuentra especialmente expuesto a los peligros del mar, lagos o los ríos; pero no debe temerlos.

Otra curiosa superstición común a muchos pueblos, no sólo en América, sino en todas partes del mundo, es la creencia en la imposibilidad de las ánimas de cruzar el agua.

La Flesche, hijo de un cacique omaha, quien se ha dedicado a la conservación del folklore de su tribu, dice que las ánimas no pudieron cruzar un arroyo. Si una persona fuera perseguida por un ánima, corría hacia el arroyo más cercano, lo vadeaba o lo saltaba y así quedaba en salvo. Por pequeño que fuera, formaba una barrera impasable para su perseguidor (1).

Es probable que esta idea ha sido la causa porque tantos pueblos han colocado su *tierra de los muertos* al otro lado del mar o de un río, para pasar el cual las ánimas tienen que

(1) Fletcher, Alice C. y La Flesche, Francis.—The Omaha Tribe, p. 591. XXVII Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1911.

valerse de la ayuda de brujas o demonios y de donde no pueden volver.

Leyenda de esta naturaleza fué la del río Estigia y el botero Caronte y se encuentran otras semejantes entre muchos pueblos.

Los chibchas creían que el país de las sombras, hallábase en el centro de la tierra y que los muertos, sombras livianas, llegaban a él después de cruzar un ancho río en un esquife hecho de tela de araña, insecto que tenían por sagrado (1).

Entre los araucanos existían numerosas leyendas al efecto. Rosales dice que era tradición, que tan luego como quedaba sepultado el cadáver, el ánima se encaminaba hasta la orilla del mar, donde una vieja llamada *trempilcahue* (transportadora de almas) convertida en ballena, la conducía al otro lado, donde había que pagar un tributo a otra vieja, quien en caso contrario se le arrancaba un ojo (2).

Casi todos los indios de las praderas de Norte América, creen que el país de los espíritus se encuentra al oeste y que para llegar a él es preciso cruzar un gran río en canoa (3).

Las supersticiones corrientes respecto de las ánimas son tan numerosas que sería tarea interminable tratar de exponerlas todas. Indicaremos algunas solamente que tienen relación directa con las costumbres funerarias. Los tetones (sioux) creen que el ánima o sombra es íntimamente ligada con el cabello. Cortan un mechón de la frente del difunto el que es guardado por los parientes más cercanos, y se supone que el ánima retiene su lugar en el círculo familiar hasta que el mechón o cadejo se sepulta. Tusan la cola y crin del caballo del muerto, y no se les permite crecer hasta que el cabello del extinto haya sido enterrado y que el ánima parta a su nueva morada (4).

---

(1) Geografía de Colombia, por Elisée Reclus, traducido al español, por F. J. Vergara y Velasco, 1903.

(2) Rosales, Padre Diego de.—Historia General del Reino de Chile, 3 tomos. Valparaíso, 1877.

(3) Handbook of American Indians.—Art. Soul, p. 608.

(4) A Study of Siouan Cults.—Ob. cit. pp. 484-487.

Los asinniboines creen que las ánimas de los malvados y de los cobardes se encierran en una isla de donde no pueden escapar. Los cadáveres de los valientes no son depositados en los troncos de los árboles como sucede con la generalidad, sino en el suelo, porque se cree que son capaces de defenderse de todo peligro (1).

Los tetones dan tres razones para no sepultar sus muertos en el suelo: 1) los animales o personas pueden andar por encima de las sepulturas; 2) los muertos tendrían que yacer en el agua y barro después de una lluvia o nevazca; 3) los lobos podrían desenterrar y devorar los cadáveres (2).

Los dakotas creen que las ánimas de los que no han sido tatuados no pueden llegar al país de los muertos. Una vieja está apostada en el camino y examina cada ánima que pasa. Si no puede hallar las marcas del tatuaje en la frente, puños o barba, el ánima infeliz es arrojada de un alto peñón o de alguna nube y cae otra vez a la tierra. No pueden andar el camino de nuevo y permanecen vagando en este mundo, sin tener ninguna morada fija (3).

Las ideas de los esquimales respecto de las ánimas son más extrañas aún, pero son compartidas en parte por muchas tribus indias. El alma o ánima es independiente y puede abandonar el cuerpo por un tiempo largo o corto. Así lo hace todas las noches en sueños. Puede perderse o se la pueden robar por medio de brujerías. En este caso se enferma el individuo y tiene que ocupar al *angekok* (brujo) de su tribu para que la busque. Si por casualidad se le ha pasado alguna desgracia el individuo muere sin remedio.

Sin embargo, el angekok tenía el poder de proveer una ánima nueva, o de cambiar una enferma por otra sana, que obtenía de algún animal o de un niño recién nacido. Pero la cosa más curiosa era que no sólo pudo perderse el alma

(1) A Study of Siouan Cults, p. 485,
(2) A Study of Siouan Cults, p. 486.
(3) A Study of Siouan Cults, p. 486.

entera, sino que podían extraviarse pedazos de ella; en ese caso el angekok se llamaba para ponerle parches o remendarla (1).

Los pimas creen que el alma se la lleva al otro mundo una lechuza; por eso consideran que el grito de ese ave es un anuncio de la muerte (2).

Los ottowas del Canadá creen que el fundador mítico de una de sus tribus impuso a sus miembros la obligación de incinerar los cadáveres y de esparcir las cenizas por los aires. Si dejaban de cumplir este mandamiento, la nieve cubriría la tierra continuamente y los lagos permanecerían congelados (3).

Los calchaquíes dejaban al muerto con los ojos abiertos para que pudiera ver bien el camino al país adonde decían era llevado a gozar en abundancia de lo que acá apetecía (4).

Los aimaráes sepultan con los cadáveres de los niños una pequeña escoba de ramas, en la creencia que como demoran varios días en el camino a la gloria se necesitarán de una escoba para barrerlo en las partes más ásperas (5).

El mismo pueblo cree que cuando se estorban los restos de los muertos sigue una sequía. Si llueve demasiado exponen al aire, una calavera sacada de las chullpas o sepulturas (6).

Cuando la Expedición Científica dirigida por los señores Sénéchal de la Grange y de Crequi Montfort hacían excava-

---

(1) Eskimo life.— Ob. cit. p. 228.

(2) Hodge, F. W.—The Pima indians—Bureau of American Ethnology Boletin N.º 30, p. 252. Washington, 1910.

(3) Relations des jésuites. Quebec, 1858.

(4) Lozano.—Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Tomo I, p. 429, Ed. Lamas.

(5) Bandalier, Adolph F.—The Islands of Titicaca and Koati, p. 85, Nueva York, 1910.

(6) Bandalier Adolph F.—The Islands of Titicaca and Koati, p. 118 y nota, Nueva York, 1910.

ciones en Tiahuanaco, los indios imputaron a esta causa la gran sequedad de la estación (1).

Una superstición común en relación con los espíritus de los niños es que solos no podrían hallar el camino al otro mundo. Como consecuencia algunas tribus, a la muerte de un niño de tiernos años, matan un perro para que el espíritu de éste le conduzca por el sendero que debía seguir.

Egede (2) cita esta costumbre entre los esquimales y Cranz (3) la confirma.

Los aztecas mataban un perro en las ceremonios fúnebres y lo incineraban o lo enterraban junto con el difunto.

Su oficio era de conducir el ánima del muerto a través de las aguas profundas de Chiuhnahuapan en el camino a la tierra de los muertos (4).

Los tlinglits también mataban un perro para que su espíritu acompañase al muerto, para espantar los animales que pudieran encontrar en el camino (5).

Joyce dice que en algunas partes los muertos fueron escoltados al otro mundo por perros negros y que se criaban grandes números de estos animales con el fin exclusivo de sacrificarlos en los funerales (6).

Los esquimales, las tribus del Chaco y otras creían que los espíritus dormían durante el día, porque tenían miedo de la luz del sol, en la cual se hacían visibles; idea que se debe probablemente al hecho de que las sombras y las reflexiones solo se pueden ver en la luz.

Los tlinglits daban como motivo de la costumbre de cremación que prevalecía sobre ellos, que si no se quemaba el cadáver, el espíritu no podría acercarse al fuego en la *casa*

(1) Anthropologie Bolivienne, Ob. cit.. p. 203.

(2) Egede, Paul.—Efterretninger om Grönland, p. 109.

(3) Cranz.—Historie von Grönland, p. 301.

(4) Tylor. Prof. E. B.—Primitive Culture II, p. 472. London, 1873.

(5) Tlinglit Indians, Ob. cit., p. 430.

(6) Joyce, Thomas A.—South American Archaeology. p. 144, London 1912.

de las ánimas. y tendría que, permanecer allí tiritando de frío. A veces no se incineraba el cadáver de un hombre muy valiente porque se creía que no le gustaría quedarse cerca del fuego como la gente débil (1). Sus ideas respecto de la cosmología y los espíritus de los muertos son muy relacionadas. Como es general entre los pueblos primitivos, conciben que la tierra es plana y que el cielo es una bóveda sólida. Dentro de estos y especialmente en el espacio encerrado entre los dos, habitan innumerables huestes de espíritus, llamados *yek*. Las estrellas son casas o pueblos, la luz es el reflejo del mar. El sol y la luna son los hogares de las ánimas. El arco iris es el camino por donde pasan los espíritus de los muertos en su viaje a la otra tierra.

El ánima de una persona viva se llama *wasatu-wati*=lo que siente. Cuando un individuo queda sin sentido se le considera muerto. La otra ánima, la que sobrevive al cuerpo se llama *gayahayi*=sombra, también significa retrato. La tierra de los muertos la pintan como un lugar de felicidad, ubicado en el sol, la luna y las estrellas. Pero el muerto no llega allí en una jornada porque hay varias regiones intermedias. Una de ellas se llama *casa del descanso.* Aquí van todos los que mueren por violencia. Sólo se puede llegar a esta región por un portillo en las nubes, pasando por una escalera. Los que mueren sin ser vengados no pueden subir la escalera, y quedan en las nubes, arrastrados por los vientos.

Debajo de la tierra existe otra región donde van los que mueren ahogados; y cualquier alimento mandado a ellos por los deudos se echa al mar.

Los tlingits dicen que han aprendido todo lo concerniente a estos lugares, de personas que han resucitado y que se les han contado. Aquí vemos las influencias de los sueños, o de los ataques epilépticos. Una de sus leyendas dice que murió cierta persona y hallando tan difícil el camino a la otra tierra, volvió sin terminar su viaje. Dijo que por no tener cal-

(1) Tlinglit Indians, Ob. cit., p. 430.

zado no pudo andar y por no tener guantes se laceraban las manos. Dijo que era preciso cantar para alegrar el camino para los viajeros y que se debía llevar armas para protegerse contra los osos y lobos que acechaban las ánimas Insinuó que como había muchas casas allí y tanta gente, era necesario ir bien vestido, peinado y pintado si no querían pasar vergüenza. Les advirtió que cuando chisporrotea el fuego es porque los espíritus están hambrientos. Entonces es preciso echar bayas, grasa u otros alimentos al fuego para que estos puedan comer.

En vista de estas noticias, ahora entierran los muertos con sus mejores ropas, les ponen calzado y guantes, y colocan un cuchillo en la mano para que pueda defenderse de las fieras. Creen que en el primer paradero se reúnen todos los espíritus para dar la bienvenida al recién muerto y para participar de los comestibles que lleva; por eso entierran con los muertos, buenas cantidades de provisiones.

Creen que cuando una persona muere con una herida o cicatriz en el cuerpo, al reencarnarse su espíritu, lo que a veces sucedía, la misma marca se encontraría en el cuerpo del recién nacido.

Suponen que los moribundos pueden ver las ánimas de sus antepasados o deudos que han muerto, que en esa ocasión llenan la habitación (1).

Los zuñis dicen que siempre sepultaban sus muertos. Insisten que en caso de incinerar los cadáveres no habría lluvia, porque sus muertos son los *u'wannami* (productores de lluvia). Creen que la cremación aniquila el ser y que desaparece el espíritu. Las criaturas que se sepultan sin haberse perforado las orejas no pueden ayudar en la tarea de hacer llover y tienen que llevar canastos llenos de sapos, los que dejan caer al suelo cuando están trabajando los *u'wannami.* En vez de aros llevan sapos en las orejas (2).

(1) The Tlingit Indians. Ob. cit, pgs. 451 y siguientes.

(2) The Zuñi Indians. Ob. cit, p. 305.

Los omahas mantenían un buen fuego al lado de la sepultura por cuatro noches después del entierro, para que ilumine el camino de los muertos (1).

Los sioux y los assinneboines también practicaban esta costumbre. Los patagones cada vez que querían comunicarse con los muertos, encendían un fuego nuevo. En todos estos casos era preciso producir la llama por medio de un pedernal o pedazo de pirita. No se podía emplear fuego obtenido por medios usuales sin exponerse a graves peligros.

El espacio no nos permite prolongar estas citas, pero basta con las que hemos presentado, para demostrar que las principales preocupaciones de los indios, en su relación con la vida psíquica, provenían de sus creencias animísticas y el estudio de los medios de hacer inofensivos los poderes sobrenaturales de los espíritus.

(1) The Omaha tribe. Ob. cit, p. 592.

(Continuará)